

ese instrumento, da a sus reuniones el carácter de intimidad que a música de ese género le corresponde. Además de los guitarristas Guillermo Flores, Abarca, Alberto Salas y otros venidos de los Estados para participar en estas reuniones, tuvimos la oportunidad de aplaudir a dos artistas holandeses: el señor Frederic Mülders y su esposa, quienes to-

caron obras para dos guitarras, para guitarra y flauta (recorder) y para guitarra y voz.

• En la ESCUELA NOCTURNA DE MÚSICA un pequeño grupo de alumnos animados por Rodolfo Revilla y Aurelio Cervantes, han organizado algunos conciertos dentro y fuera del plantel a beneficio de la

escuela y de la revista mensual *Partitura*, que ellos mismos editan.

• SIGI WEISSENBERG, el poderoso pianista, bien conocido y admirado del público mexicano, dió en Bellas Artes dos únicos recitales (presentado por la Asociación Musical Daniel). Fueron éstos unos de los últimos conciertos del me-

dio año que hemos reseñado y que finalizó así, brillantemente.

• Para el nuevo semestre de conciertos, la ciudad de México contará con una nueva organización a la que deseamos el mayor éxito. Su nombre es ASOCIACIÓN DE CONCERTISTAS MEXICANOS.

La imaginación del poeta han correspondido, en la historia del pensamiento, tendencias filosóficas más o menos afines. El último alcance que se puede designar a la poesía no sólo ha de ser la reducción psicológica, en fórmulas graduadas exclusivamente por el poeta, sino que en ella se han de advertir afanes que, por definición, preocupan a la filosofía desde su nacimiento. "Se puede decir —cree Jean Wahl— que la poesía y la metafísica tratan de los mismos temas, con técnicas diferentes."¹ Porque al árido resolver problemas a que la filosofía se entrega, la poesía lírica responde con un prolífico plantear cuestiones no siempre de posible resolución. La filosofía atiende a decir la última palabra mientras la poesía, por su parte, intenta pronunciar la primera. A veces, aquélla convierte en teorema lo absoluto; y, siempre, ésta hace ascender a lo absoluto las preocupaciones cotidianas. La disparidad entre una y otra, empeñadas cada cual en reducir el mundo y el tiempo a las capacidades del concepto o de la palabra, ha conducido a que entre filósofos y poetas haya a menudo contrarios puntos de vista, derivados de las disímiles orillas desde donde arrancan la aplicación de sus propósitos. Si bien es cierto que el hombre no se baña dos veces en la misma corriente, también es verdad que "ama aquello que no ha de mirar dos veces".

Un espejismo muy común incita a los poetas a pensar que lo que un verso encierra constituye el meollo de lo que los filósofos de épocas posteriores habrán de desarrollar. Convencidos de que la imagen antecede al concepto, creen preceder, por decirlo así, al esbozo de la futura obra filosófica; es decir, como si la imagen intuída fuera el paso previo a la racionalización del discurso. Hablar de "una rosa en las tinieblas", reconocer los espectros que recorren a ciertas horas la imaginación, descubrir comunicaciones con la naturaleza por medio del amor,

LIBROS*

emprender el disciplinado descenso a los infiernos de lo inconsciente, alentar el dolor como forma de conocimiento, convertir el universo en alma, tocar el cielo al tocar un cuerpo humano, estas y muchas otras son imágenes y palabras —gratas todavía al poeta contemporáneo— que integran ese universo poético en el cual se ha querido ver un primer eslabón de la filosofía. Novalis daba ejemplo de cordura al aconsejar el olvido de esa aparente riña suscitada por cuestiones de precedencia. "Sin filosofía —dice en sus *Fragmentos*— los poetas son imperfectos; sin poesía, son imperfectos los pensadores y los críticos."² No iba más cerca Shelley al asegurar, en su *Defensa de la poesía*, que la distinción entre filósofos y poetas había sido ya superada. De esa hermandad entre pen-



Baudelaire

EL ALMA

ROMANTICA

Por Ali CHUMACERO



Novalis

samiento e inspiración, el romanticismo europeo hizo aflorar a la conciencia la magia que irrumpe como fuego purificador de las almas. Por esa

misma puerta, otros abocarán en el subjetivo recurso de desalojar del espíritu todo concepto ajeno al del amor: Hölderlin exigía, por ejemplo, honrar el alma de los amantes, porque el ser divino habita en ellos. El de más allá, fidelísimo a las ideas aceptadas, hará del desorden el pan de cada día, y no serán escasos los que se recogerán en la intimidad de la noche o de la muerte como el viajero que torna a casa antes de empezar la aventura. En todo ello, los estados mentales propios del poeta incrementan la ordenación del caos y dejan fluir el alma colectiva circuida por palabras traducibles en conceptos. El conflicto personal descubre por ese medio la comunidad de los hombres, que delegan en el poeta la tarea de relatar sus horas de

soledad y traducir aquello que deseaban fuera expresado. En su anhelo de revelación, la poesía resulta ser lo realmente absoluto, y la palabra ya no es solamente "un movimiento del espíritu sino el espíritu en movimiento".³

De estos conflictos y enlaces entre filósofos y poetas, incasantes en todo tiempo e incrementados al desarrollarse las escuelas románticas, se hallan testimonios constantes en *El alma romántica y el sueño*⁴ de Albert Béguin. Con sobra de razones caracteriza el parentesco que existe entre los poetas alemanes y franceses del siglo pasado, predispuestos todos a internarse con similar tesón en los campos de la filosofía y de la literatura. Sus argumentaciones deslían definitivamente el casi mítico prejuicio de considerar el romanticismo como una actitud que confía la obra de arte a la negación de las reglas y el buen sentido. Béguin persigue estrechamente esa correlativa existencia de las ideas y las imágenes. Nunca la literatura



Hölderlin

había ocurrido con tal fiebre a la indagación de sus propios

* Notas de Eduardo Lizalde, Carlos Valdés, José Joaquín Romo y Enrique González Rojo.

supuestos —o por lo menos jamás lo había hecho con tal profundidad—, y nunca el poeta había aceptado con semejante conciencia su papel de vaticinador. Bégúin no sólo establece con seguridad el contenido “especulativo” de las obras escritas, sino que destaca con vigor las ideas esenciales a las que se afiliaba cada uno de los escritores. Algo como una especie de conocimiento se encerraba en la expresión poética. Al igual que los místicos, el poeta encendía la imaginación con pretensiones de tocar el centro de lo absoluto. “Surgía —explica Bégúin— una generación para la cual el acto poético, los estados de inconsciencia, de éxtasis natural o provocado, y los singulares discursos dictados por el ser secreto se convertían en revelaciones sobre la realidad y en fragmentos del único conocimiento posible.”

En la meta de ese “conocimiento” bullían los conceptos últimos que justifican el desvelo de toda filosofía. De su amante muerta, escribe Novalis: “En sus ojos descansaba la eternidad; tomé sus manos”. Acaso en la segunda frase sobrevive el concepto de la primera. Pero aunque la eternidad no se interrumpe con la inmovilidad del cuerpo amado, sólo el poeta podrá mirar en él el reflejo de lo absoluto por medio de la conciencia que ilumina más allá de los sentidos, que nos diferencia de los animales y nos convierte en “ciudadanos del universo”. Bégúin señala como inicial impulsor de esa confusión con el universo la lucha entre la vigilia y el

finito y lo hace descubrir, de regreso a la vigilia, un nuevo renacer del mundo circundante. Lo mágico podría ser entonces, como quieren algunos, nombrar las cosas por sus nombres. El delirio tendrá así el carácter de lo cotidiano y la realidad será el otro extremo del puente que se apoya en la fluencia onírica.

Con el romanticismo, desde sus claros brotes a fines del siglo XVIII, el predominio del sueño cobró de pronto dimensiones desacordes con las que le conferían los psicólogos de decenios anteriores. El rigor científico, heredado de las incipientes investigaciones de los fisiólogos, consideraba el sueño como el rostro negativo de la vigilia. Entre los poetas románticos vino a ser, como por arte de magia, la experiencia fundadora de la poesía. De esa manera, se establecía el tránsito de la psicología a la metafísica. El sueño, con la matizada interpretación que cada poeta le dio, llegó a ocupar y, en cierto sentido, sigue ocupando el ámbito medular de la creación poética. En sus aguas móviles, que arrastran los despojos de lo inconsciente, la conciencia del destierro halló su salvación. Herachto profetizó, con palabras que no han perdido vigencia, el mundo privado que el sueño proporciona al hombre. “Durante el sueño —dice— cada hombre tiene su universo particular, mientras que en el estado de vigilia todos los hombres poseen un universo común.” Al conducir su imaginación por el “particular” camino de los sueños, el poeta descendía al seguro conocimiento de la naturaleza. El vacío resplandece y muestra el estrato inconsciente donde alienta una segunda vida —libre de las representaciones del exterior— y donde se establece un contacto misterioso con las raíces mismas del universo.

En esa analogía entre espíritu y universo —aprehendido este último por la angustia— vió Baudelaire la reconciliación con la vida y contempló “la unidad eterna a través de la multiplicidad de lo sensible”. Mallarmé quiso ir más allá al sospechar la identidad entre la conciencia humana y la conciencia divina. Un deber de perfección lo hizo preferir ante los objetos reales la sonoridad, el poder de sugestión y el colorido de las palabras más que su significado, y desde ahí iniciaba el primer verso, que él atribuía a Dios. Rimbaud, a su

vez, confirmó lógicamente con su conducta posliteraria las premisas de su credo atormentado. “Su aspiración a volver al estado salvaje, a abolir todo aquello que, en el curso de su historia, el hombre ha tomado por conquistas y progresos suyos, no era tan ajena a la nostalgia primitiva de los románticos para que dejaran de ver en ella, llevada a cabo con una temeridad genial extraordinaria, la continuación de sus búsquedas.” Contra toda alegría, Rimbaud se abandona a la “eternidad” de las sensaciones y acaba por comprender que “no ha estado en el mundo”.

Dadas las inclinaciones literarias de Bégúin, para él es Gérard de Nerval la encarnación más honda de las ideas del sueño como forma de conocimiento. En el principio de su *Aurelia*, Nerval expresa la clave de esas ideas particulares que eran el acervo común de los poetas de su siglo: “Los primeros instantes del sueño son la imagen de la muerte”. Como al través de un subterráneo, el espíritu se cruza con apariciones inmóviles “que habitan la mansión de los limbos”. Traspuestos esos instantes —en que la conciencia deja de existir provisionalmente— pasamos a una segunda vida, a la vida del sueño. Ahí el “conocimiento” cobra todo su esplendor y el poeta cobra razón de sí mismo. Es cuando “una claridad nueva ilumina y pone en juego esas apariciones extravagantes: el mundo de los espíritus se abre para nosotros”.

Independientemente de las posiciones personales que los poetas franceses adopten frente al sueño —así lo consideren como la verdadera vida o como el conducto que la vida terrenal les propone para acercarse al conocimiento superior—, es obvio que se encuentran en situaciones semejantes a las adoptadas por los poetas alemanes. No sólo en Novalis y Hölderlin el sueño se rescata de la oscuridad. Albert Bégúin aclara expresamente cada uno de los estadios por que pasó en Alemania el desenvolvimiento de tal incorporación. Desde Lichtenberg, Moritz, Troxler y Carus hasta Jean Paul, Tieck, Arnim, Brentano y Hoffmann. La gran comunidad de poetas de la noche queda ahí admirablemente elegida, y son diseñadas sus prolongaciones en unos y en otros. Fenómenos homogéneos es posible observar en la poesía francesa. El

“prerromanticismo” había aparecido con simultaneidad en Francia y en Alemania, y en ambos países, por impulsos metafísicos y místicos, “el poeta esperaba preparar la reintegración final de la humanidad en la unidad original”.

Entre tanto fantasma, reales sólo por la acción de la poesía, Albert Bégúin no desdena reconciliarse optimistamente con las efusivas ideas de los poetas. No resulta extraño, pues, que concluya su libro con estas afirmaciones: “La soledad de la poesía y del sueño nos libera de nuestra desoladora soledad. Del fondo del abismo de la tristeza que nos había apartado de la vida se levanta el canto a la más pura alegría”.

1 Jean Wahl: *Existence humaine et transcendance*. Etre et Penser, Editions de la Baconnière. Suiza, 1944, p. 79.

2 Novalis: *Fragmentos* (Selección y traducción de Angela Selke y Antonio Sánchez Barbudo), p. 33, Nueva Cálvtra, México, 1942.

3 Rolland de Renéville: *L'expérience poétique*. Gallimard, p. 33, París, 1938.

4 Albert Bégúin: *El alma romántica y el sueño: Ensayo sobre el romanticismo alemán y la poesía francesa*. (Traducción de Mario Monteforte Toledo y Antonio Alatorre.) Fondo de Cultura Económica. México, 1954.

WILBERT E. MOORE, *Las relaciones industriales y el orden social*. Fondo de Cultura Económica, sección Sociología. México, 1954. 589 pp.

En una magnífica edición, el Fondo de Cultura nos ofrece ahora este bien documentado estudio de Wilbert E. Moore, investigador de prestigio y experimentado maestro en la rama de la Sociología. El novelista guatemalteco Mario Monteforte Toledo tuvo a su cargo la traducción de la obra.

El autor considera que, cuando se ha puesto la industria moderna bajo la lente de los economistas o de los sociólogos, ellos no han logrado observar esta industria como un fenómeno que se desarrolla y subsiste dentro de un determinado clima social. Tal deficiencia de enfoque constituye un vicio que va en detrimento de una verdadera comprensión de esa estructura industrial, que no puede ser desligada del ambiente que la rodea, porque se encuentra con él en constante interacción o intercambio de relaciones.

Ha procurado Moore, en favor de los interesados por su trabajo, sintetizar, de la manera más objetiva posible, los asuntos de este estudio con el que se intenta complementar, más bien que suplantarlo, los tratados anteriores sobre el mismo tema. El libro está destinado al servicio de los directores de empresas, de los dirigentes sindicales, de los estudiantes o, incluso, al de los investigadores especializados, y por ello ha sido puesta, al final de cada capítulo, una adecuada y extensa bibliografía.



Nerval

sueño. Si en la primera el hombre se halla limitado por una realidad que inhibe las potencias superiores del espíritu, en el sueño se comunica con lo in-

La obra quiere, afirma el autor, "observar con imparcialidad" la organización y las relaciones de la industria, sin tratar de pronunciarse "en favor o en contra de los trabajadores", pues Moore cree que, todo aquel que se halle sujeto a un determinado sistema o modelo ético, tiende a desviarse del curso rigurosamente científico si se tropieza, durante su investigación, con circunstancias que comprometan su ideología. Piensa también Moore que, todo partidario decidido del patrón o del trabajador, puede encontrar patentes signos de un embozo partidario en un estudio imparcial. A esto se podrían hacer varias objeciones pues, en primer término, la actitud de imparcialidad absoluta, cuando se opera con asuntos tan fundamentales, no es de fácil adopción para un investigador que, con sólo enunciar el postulado de la imparcialidad, se mira convertido en un conciliador que con su eclecticismo se decide ya por la protección del orden imperante, y esta actitud es siempre una táctica y tradicional manera de la parcialidad. Y, por otra parte, acaso el imparcial más decidido sea sólo aquél que logre persuadirse de su imparcialidad al poner sus prejuicios, que no dejarán de actuar, en un plano de semiconciencia o de olvido voluntario.

La intención de Moore es, de todos modos, la de ser un "reportero" y no un "combatiente", y esta aparente imposición personal revela, cuando menos, un deseo de ser imparcial que es la primera condición para serlo.

El libro está dividido en seis grandes partes dedicadas a explorar las cuestiones relacionadas con los siguientes temas: *El campo de las relaciones industriales* (la industria y el medio), *El desarrollo de la industria moderna* (consideración histórica y examen de los progresos tecnológicos y científicos promovidos por el capitalismo), *Organización industrial: la gerencia* (funciones directivas, la eficacia técnica y las relaciones humanas), *Organización industrial: el trabajo* (educación técnica para la producción, utilización máxima de la mano de obra), *Relaciones industriales* (organización de los trabajadores, contratos colectivos, conflictos, extorsión entre los trabajadores) y *La industria y la sociedad* donde se aborda, finalmente, el importante problema del control en la economía, cuestión que Moore cree solucionable mediante el plan de una libertad económica balanceada por un relativo control.

E. L.

Ensayos sobre teoría del comercio internacional. Seleccionados por Howard S. Ellis y Lloyd A. Metzler. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 558 pp.

La edición original de esta obra fué registrada, con el título "Readings in the theory of international trade", por The Blakiston Company, de Filadelfia y Toronto. Esta serie de reediciones de artículos económicos, que abarca ya varios volúmenes, es producto de un convenio que existe entre la casa Blakiston y la American Economic Association que, por medio de un comité seleccionador, han hecho desde 1941 importantes publicaciones de este tipo.

Con un prólogo de Bernard F. Haley, Presidente del Comité General de Reediciones, una introducción de los señores Howard S. Ellis y Lloyd A. Metzler, Co-presidentes del Comité de Selección y en

una traducción revisada por Víctor L. Urquidí, se ha editado en castellano esta obra que será, sin duda, de enorme utilidad para los economistas de nuestra lengua que podrán hallar, en este tipo de publicaciones, un panorama ordenado de los diversos sectores del pensamiento económico actual.

Los señores Ellis y Metzler, haciendo gala de una amplia información, han colocado también, al final del libro, una enorme bibliografía clasificada de artículos sobre economía internacional, que será muy efectiva para orientar al lector que desee adquirir una impresión más completa en este campo.

En sus nueve secciones el libro trata los temas que siguen: Equilibrio de la balanza de pagos, con artículos de *Ragnar Nurkse, F. W. Paish y Raymond F. Mikesell*; Tipos de cambios extranjeros, con colaboraciones de *Joan Robinson y Fritz Machlup*; Teoría de la transferencia de ingreso y las reparaciones, con textos de *J. M. Keynes, Bertil Ohlin y Lloyd A. Metzler*; Ciclo económico y comercio internacional, con un ensayo de *William A. Salant*; Teoría de los precios y comercio internacional, con estudios de *Wassily W. Leontief, Paul A. Samuelson, John H. Williams, Ely F. Heckscher y Frank D. Graham*; Los aranceles y los beneficios del comercio, con artículos de *Wolfgang S. Stolper, Paul A. Samuelson y Tibor de Scitovsky*; Otros aspectos de la política comercial, con escritos de *Joan Robinson, Howard S. Ellis y Jacob Viner*; Las inversiones internacionales y la balanza de pagos, por *J. J. Polak*; El futuro del comercio mundial, donde se incluyen textos de *D. H. Robertson, Jacob Viner y Gottfried Haberler*.

E. L.

ARCHIBALD M. McISAAC, Elementos de análisis económico. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 261 pp.

Se pretende en este estudio, vertido claramente al español por R. Ornelas, presentar un cuadro elemental de la economía para que, el iniciado en esta materia, advierta las características de lo que acontece en el ambiente económico, al conocer la madeja de circunstancias industriales, comerciales e individuales que, en íntima relación, determinan el curso de la economía.

La obra fué escrita en un principio, aclara el autor, con el objeto de proporcionar una introducción al análisis económico para el curso de economía elemental en la Universidad de Syracuse, pero el trabajo está redactado en tal forma que podría ser utilizado como suplemento de otras materias relacionadas con la administración de los negocios. Es útil anotar, para explicarse en cierta forma la estructura de este libro, que también estaba destinado a complementar otra obra, bastante extensa, dedicada al estudio de la economía norteamericana moderna.

El autor intenta introducir, como una innovación en la enseñanza de la economía, algunos métodos empleados desde hace tiempo en los círculos industriales para tomar ciertas decisiones; el más importante de estos métodos es quizá "la gráfica de nivelación" que presenta grandes ventajas en el análisis económico y que substituye, con resultados más realistas y efectivos, a otros viejos instrumentos de análisis.

La obra está dividida en tres partes: 1. Análisis de precios. 2. La empresa, determinación de los precios, de los factores, ocupación e

ingresos. 3. La inversión. Pero la gran cantidad de temas que estas secciones abarcan no permite, dada la brevedad del libro, profundizar lo bastante en el examen de cada uno de ellos, por lo que el autor sólo trata de encontrar, mediante un sistema descriptivo casi inalterable, los rasgos fundamentales del ambiente económico en estudio.

Es fácil observar que, todo el libro, enfoca principalmente los problemas tomando en consideración el sitio y los intereses de la empresa particular y, aunque el autor pretende "presentar un cuadro micro y macro-económico expresado en función de las relaciones entre las partes y el todo", parece delatar más bien, con ese intento conciliador, la cadena de prácticas comerciales utilizadas por las grandes empresas norteamericanas para poder "controlar" la tasa de salarios, la demanda, la oferta o la producción.

La idea, característicamente liberalista, de solucionar los problemas de la producción estancada impulsándola para promover la evolución tecnológica y para incrementar "más pronto" el nivel de vida de la población, es una idea que parece encaminada a sustentar un interés tan amplio y tan abstracto, que no alcanza a preocuparse de las consecuencias individuales o de las lesiones que pueda acarrear a países menos evolucionados la conducta de un pueblo que siga en nuestros días semejante política económica.

E. L.

JOSÉ MIRANDA y PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, Sátiras anónimas del siglo XVIII. Letras Mexicanas, 9. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 240 pp.

Aunque la sátira anónima aparece en el marco histórico de la Conquista de México, transcurren los siglos XVI y XVII sin que alcance su máximo desarrollo; alcanzará éste en la segunda mitad del siglo XVIII, como signo precursor de la independencia mexicana. Cuando las ideas de la Revolución francesa penetran a México se forman dos grupos, uno que combate y otro que apoya las reformas ilustradas; ambos se sirven de la sátira anónima como arma polémica; es cuando ésta adquiere su mayor causticidad. Los libelos refieren los sucesos que apasionaban al público de aquellos días turbulentos: el enojo de los cirrillos contra la injusta metrópoli; la política del rey; el relajamiento de las costumbres; el odio contra los franceses y sus ideas liberales; las mermas que sufre la iglesia. Y si estas muestras de sátira anónima "carecen por lo común de sustancia poética, reflejan todas las inquietudes de la cultura hispánica". En ocasiones, las sátiras viajaban, venían del interior, iban hasta España, donde eran contestadas, y algunas llegaban a la entonces remota Manila. El modelo de esta literatura popular es Quevedo; aunque sensible a las modas, la sátira más bien se acoge a las formas más antiguas; su función cultural equivale más o menos en nuestros días a la prensa amarillista. La selección de los textos no se basa exclusivamente en un criterio estético, sino más bien atiende a los temas, a los géneros, a los orígenes, al interés del lenguaje popular. La ortografía está modernizada, y no faltan las notas que sitúan y aclaran los textos. En síntesis, un libro útil y bien estructurado.

C. V.

ALFONSO DE ALBA, Al toque de queda. Biblioteca de Autores Laguneses. Guadalajara, 1953. 176 pp.

Su prosa no logra depurar el sabor primitivo de las leyendas lagunesas: fantasía pueril y realidad fotográfica. Los componentes de los seis dramas pueblerinos son idénticos: el amor, los prejuicios coloniales, el color local, la muerte violenta y la fatalidad que lo domina todo. *Don Alfonso, el escultor* se enamora idealmente de la novia de un potentado del pueblo. La usa como modelo para una santa que está esculpiendo; los chismes empujan al novio celoso a matar al artista. En *La cruz verde* un forastero se enamora de una lugareña; aparecen balcones entornados, serenatas, claros de luna, cartas amorosas; los prejuicios del padre de la novia separan a los amantes; éstos, por último, mueren. *El pozo de la sacristía* presenta un triángulo amoroso. La acción termina trágicamente; ella muere asesinada, su victimario se suicida, el personaje restante se consuela escribiendo su historia. *La rinconada de la Merced* cuenta una leyenda de los días de independencia: guerrillas, saqueos, un rapto que termina en matrimonio; el héroe muere fusilado. En *Serafina* un viejo solterón se casa con una joven histérica que lo ahorca en un acceso de locura. *Marcos, el campanero* es un pícaro sin gracia. Arrepentido se convierte en campanero. Mas el ambiente de una feria pueblerina hace que reincida: su amor a una ramera lo conduce al suicidio. Los personajes, pálidas figuras de un viejo álbum, no tienen vida propia. La expresión de su carácter no es más elocuente que un pie de grabado. Su principal ocupación es el amor romántico. Cuando no pueden amar, mueren. Su naturaleza es pasiva, sólo la fatalidad actúa.

C. V.

HERMINIO CHÁVEZ GUERRERO, Surianos. México, 1953. 192 pp.

Los capítulos primeros son un escaparate de refranes, leyendas, palabras pedestres, coplas, chistes, descripciones de campos y pueblos: color local del Estado de Guerrero. En estos capítulos aparecen los personajes principales: Serapio Valle, Chico Neri, "El Huarache" y el narrador Félix Guerrero. Todos ellos son planos como pinturas. Muestran solamente algunas de sus características: su vida interior nos es desconocida, son los testigos o actores de los sucesos típicos de los pueblos surianos a principios del siglo: la llegada del primer tren, noviazgos contra la voluntad paterna, raptos, un velorio, ferias, pleitos con arma blanca, asaltos en despoblado, viajes por la selva. Los capítulos son casi narraciones independientes; la trama es débil. La narración al desarrollarse se purifica. Las torpes galas literarias tienden a desaparecer. Lo mejor de esta primera novela de Chávez Guerrero son dos personajes: Abigail Bahena y "La Güera Nieves", que sólo aparecen un momento, mas sus figuras son recias en sentimientos y fuerzas vitales.

C. V.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT, Historia de la literatura hispanoamericana. Breviarios, 89. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 432 pp.

Este breviario ofrece en forma suscita pero completa un panora-

PRETEXTOS

De Andrés HENESTROSA

Tomábamos por tristeza y por pobreza. Porque el alcohol modifica la realidad, casi siempre mejorándola. No en balde el hombre inventó el vino para el olvido de sus desventuras. No en balde aquel poeta, señor de las desdichas, aconsejó estar ebrio siempre: de amor, de placer, o de poesía, pero estarlo siempre. Así mis amigos y compañeros de escuela de aquellos días de 1930, cuando el artista era un músico y poeta ramplón, y el dechado político y hombre de fortuna, era un risible bribón. Y nosotros que veníamos de los grandes autores de aquí y del mundo, éramos los enemigos naturales de los triunfadores fáciles, de los artistas espectaculares, sueltos los cabellos al viento. Y nosotros que veníamos de una derrota, teníamos pleito casado con aquellos que sin arriesgar nada, se habían encaramado en los puestos, y gozaban de fama mal habida. Eso explica nuestras riñas callejeras, nuestro aparente pitoreo de los profetas.

Uno de aquellos días irrumpimos en "El Paraíso", y allí nos quedamos hasta la madrugada, vociferando contra el gobierno, contra las autoridades universitarias, sólo por el cargo autoridades; declamando poemas de nuestros autores preferidos, llamando a nuestra mesa los manes de los grandes escritores de América. Del grupo inicial sólo quedamos unos cuantos, que yo trataré de recordar: el joven hábil hombre de aquel tiempo, Alejandro Gómez Arias; Ciriaco Pacheco Calvo, Raúl Cordero Amador y yo. Era esa hora intermedia en que ya hubiera trenes eléctricos y camiones que nos pudieran conducir a nuestras casas. Y Raúl Cordero Amador, que era profesor y por tanto hombre rico, ofreció pagar un automóvil que nos repartiera, dando además a dos de nosotros unos centavos con qué defendernos al día siguiente. Paramos un automóvil. Llovía a cántaros. Apenas se puso en marcha, el chofer preguntó ante nuestro asombro, si primero iríamos a la calle de Parras, donde vivía Raúl. Cuando Cordero bajó frente a su casa, tras de pagar la totalidad del recorrido, lo premié con cinco pesos. De nuevo en marcha, el chofer preguntó si iríamos a Tacubaya a casa de Gómez Arias, por estar ya encaminados. Y allá fuimos. Alex, a la manera de Raúl, le obsequió con otros cinco pesos. Quedábamos en el automóvil Ciriaco y yo. Supongo, dijo entonces, que primero iremos a dejar al señor Pacheco Calvo, a menos que usted, Andrés, no duerma en su casa esta noche y lo haga por acá cerca. Y habiendo convenido en que iríamos a dejar a Ciriaco nos encaminamos a la Colonia Cuauhtémoc. Pacheco Calvo puso en sus manos otra gala. Y cuando nos quedamos solos, el hombre, ya en un tono más familiar, me preguntó si de veras iba a quedarme en la calle de Moctezuma o si por mera discreción no había dicho donde quería ir. Vamos a Moctezuma, le dije. Cuando llegamos, hice el ademán de premiarlo con unos centavos, pero me contuvo diciéndome que no me apurara, que no se trataba de eso.

Yo no podía despedirme de aquel sujeto sin indagar cómo es que nos conocía tan cabalmente.

Y así lo hice.

—Yo leo los periódicos, y con frecuencia paso por las puertas de la Universidad y de la Escuela de Leyes. Por eso conozco a Gómez Arias, el líder de la reforma universitaria; a Cordero Amador, maestro y amigo de ustedes; a Pacheco Calvo que hace dos años ganó un concurso de oratoria y es orador del vasconcelismo. En cuanto a ti, aunque ya no me recuerdes, fuimos compañeros en la Prepa, y te sigo por cafés, calles y barrios de la ciudad, y a veces veo tu nombre en los periódicos...

—Y ¿cómo es que te llamas? le pregunté entonces. Y con la mayor tranquilidad del mundo, como quien dice palabras sencillas —pan, paz, sol—, me respondió:

—Me llamo Alfonso Reyes.

Y de un solo golpe entendí por qué aquel amigo sabía tantas cosas: le bastaba el nombre, porque no hay que olvidar que allende toda etimología, Alfonso es sinónimo de sabiduría: Alfonso, el Sabio; Alfonso Reyes...

cana. Los últimos cantos que se escuchan en el libro son los de las aves de la poesía mexicana: el águila simbólica, la golondrina ro-

mántica, el loro tropical, y en vez del canto del cisne modernista, ya en el silencio de las aves, se escuchan "los pájaros de acero de los

estridentistas —dentistas del estro—. La atinada selección de los materiales literarios e históricos, el conjunto armonioso de este ensayo literario-ornitológico, sitúa a Salvador Novo entre los mejores ensayistas mexicanos y como el escritor que mejor conoce la materia.

C. V.

BEATRIZ RUIZ GAYTÁN DE SAN VICENTE, *Apuntes para la historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Junta Mexicana de Investigaciones Históricas. México, 1954. 186 pp.*

Es éste un ejemplo de cómo el empeño generoso y el tema importante no producen, por sí solos, un buen libro. Mal editada y guiada por un criterio casi infantil, la obra de Beatriz Ruiz Gaytán de San Vicente, resulta ciertamente incómoda y generalmente anárquica. El rigor que se anuncia en el prólogo se resuelve, a fin de cuentas, en tímidos pasajes que cuadran más a un colquio estudiantil que a la plausible ambición de una investigadora profesional. Y a medida que se avanza en la lectura se advierte una extremosa oscilación entre el dato desnudo o pobremente comentado, y la improvisación lírica. Hay algunas aportaciones útiles; pero también numerosos desvíos: oratorios ("...un verdadero templo de las ciencias y las letras, etc."); gratuitos (ese rechazo del "exotismo" ideológico y su correlativa inevitable lucha por "una filosofía mexicana de contenido propio", como si la verdad estuviera sujeta a las disposiciones del artículo treinta y tantos constitucional); o ingenuos (esa apasionada defensa de las "chicas" que estudian). Un no desusado acopio, en suma, de indisciplina mental, penuria tipográfica y buenas intenciones.

J. J. R.

JOSÉ LÓPEZ BERMÚDEZ, *Teoría de la Palabra. Editorial Mar. México, 1954. 233 pp.*

A pesar del ambicioso título, esta obra no constituye, ni con mucho, una "teoría". Es un ver al hombre, en una curiosa sinécdoque, por la palabra. La diferencia entre una persona y un chimpancé es el verbo; el eslabón perdido, la palabra. "Tomar la palabra —dice el autor—, es tomar posesión de la vida." El libro se distingue por ser ameno; pero el tratamiento frívolo, superficial, de algunos temas de suma importancia en disciplinas tan capitales como la filosofía, la antropología, la ciencia natural, etc., dejan la impresión de un querer escalar el Everest con un salto. El libro está integrado por quince capítulos. El título de algunos de ellos —*Tomar la palabra, Palabra y Universo, Palabra y educación*— nos hace ver ya qué tipo de obra es. Colocar a la palabra junto a la verdad, la elocuencia, la voluntad, la fantasía, hace que, de las relaciones entre el verbo y el término a que se une, surjan más palabras: frívolas, algunas veces, interesantes, otras; pero casi siempre de buena presencia y, si se permite decirlo, bien educadas.

No es un texto que esté escrito con tecnicismos que den aridez al tema. López Bermúdez nos entrega a veces espléndidas frases como esta: "Aquel naranjo, en medio de un patio de escuela, debe haberse sentido como un niño más: un niño cargado de naranjas."

E. G. R.

ma de las letras hispanoamericanas. Anderson Imbert divide su trabajo en tres grandes períodos: 1) la colonia: aparecen los primeros cronistas: Colón, Cortés, Díaz del Castillo, quienes descubren un nuevo valor humano, lo no-europeo; los primeros cronistas no son hombres de letras, pero poco a poco son reemplazados por cronistas cultos. En la poesía, el influjo predominante es el gongorismo; innumerables poetas participan en concursos, pero la calidad de la mayoría es mínima; la gran figura de la época es Sor Juana. El ciclo se cierra con las ideas revolucionarias de Francia y el neoclasicismo. 2) Cien años de república: el liberalismo orienta la literatura hacia los valores vitales. El romanticismo predomina en la mayoría de los autores de este siglo, siglo que termina con la plenitud del modernismo iniciado por Darío. 3) Época contemporánea: se encuentran dos tendencias antagónicas: realismo y antirrealismo. El caos de los "ismos" llega a su máximo y luego declina. Apéndice: crónica de la generación desolada, escritores nacidos de 1910 a 1930. Anderson Imbert subordina a la cronología las etiquetas ordenadoras de nacionalidad, géneros, escuelas, temas. Aspira a redactar una historia de la literatura-literatura. Aunque atento a los valores estéticos, no descuida los cuadros históricos en que florecieron los escritores. Renuncia, además, a las notas y apéndices comunes a los manuales históricos para dar cabida a su juicio crítico: ágil, conciso, nervioso, sin partidismos extraliterarios, que realza y da nueva vida a las grandes figuras que merecen tomar parte en la historia de la literatura universal, y a otros escritores, que aunque malogrados, son ejemplos de la inferioridad cultural que nos afligía en el pasado. Las fechas de nacimiento y muerte y los títulos de sus principales obras acompañan el nombre de cada escritor.

C. V.

SALVADOR NOVO, *Las aves en la poesía castellana. Letras Mexicanas, 10. Fondo de Cultura Económica. México, 1953. 144 pp.*

Salvador Novo después de ejercitar con éxito diversos géneros, nos ofrece ahora este ensayo literario en que se aprecian su estilo impecable y su fino humor. Las palabras preliminares son una breve memoria de las aves canoras o mudas que han adornado como símbolos o imágenes neóticas la historia de la cultura. Remonta el vuelo con las aves de Aristófanes y termina diciendo que como en nuestros días ya no hay en la ciudad más pájaros que el avión y la radio, irá en busca de aves verdaderas a las páginas de la poesía castellana. El primero en caer en su lazo es el ruiseñor que deja oír su melodioso trino en la poesía del renacimiento. Sigue la paloma que Berceo compara con la Virgen María. "De todas, sultán, madrugador y realista, es el gallo quien ama más a la ardiente y casual manera del Arcipreste". Pocas aves encuentra en la poesía realista del Romancero. Las aves son instrumentos de vituperio y alabanza de los poetas cortesanos; ya comparan a su enemigo con el grajo, y a su protector con el gerifalte. El cisne es el emblema nobiliario de los poetas. Quevedo resulta ser tan anticulto como antipájaro. Hasta las gallinas en la soledad del poeta vegetariano don Francisco Sánchez Barbero son poéticas. El padre Landívar describe al colibrí en su *Rusticatio mexi-*